

# AL FINAL DE LA EXCEPCION

Por  
ANTONIO  
FONTAN

Las declaraciones oficiales y gran parte de los comentarios de Prensa que durante estos dos meses glosaron el estado de excepción convinieron en subrayar que esta medida del Gobierno era provisional y no vugulaba el proceso de liberalización y de apertura repetidamente enunciado en los últimos años. Ahora, al restablecerse los derechos y garantías constitucionales suspendidos y el margen de libertad de expresión reconocido al país por la legislación vigente, importa mucho mirar serenamente al pasado y al futuro, con el fin de que las posibles y deseables rectificaciones del rumbo y la orientación hacia unas metas inmediatas recojan constructivamente la experiencia. Y sean coherentes con el objetivo final de una integración ordenada y plural—es decir, moderna y realista—de los más en el quehacer político de la sociedad española.

Las tensiones precedentes, como se ha demostrado en los dos meses últimos, sólo en escasa medida pueden ser atribuidas a grave o irremediable subversión. Y, desde luego, no se deben a que desde 1966 los españoles hayan tenido más información de lo que pasa dentro y fuera de su país y hayan podido discutir más abiertamente lo que quieren que pase.

## NUOVA MENTALIDAD Y NUEVAS REALIDADES

Por inexorable ley de vida han surgido—y surgen cada día—nuevas generaciones cuya personal experiencia no está condicionada por hechos del pasado, sino por la presente realidad de España y del mundo. Para ellos la paz pública no es sólo un bien arduamente conquistado, sino un constante quehacer, sujeto a tensiones y siempre perfectible. Las posibilidades de una total promoción humana no constituyen una lejana utopía: son algo asequible, por obra del desarrollo técnico y económico enmarcados en una política dinámica y a largo plazo.

A diferencia de lo que ocurrió en esta y oída gárica del primer tercio del siglo, las libertades públicas, el progreso social hacia una situación igualitaria y la democrática participación en la vida pública no se temen ya como eventuales rescios por los que vayan a introducirse factores de disolución. Se contemplan como el marco adecuado para la realización de cada uno y de los grupos derivados de la capacidad de asociación.

La acción configuradora y directiva del Estado moderno se extiende por toda la sociedad, de tal manera que no existe el riesgo de que el Estado se quebre como aquel frágil instrumento de poder que era designado con el mismo nombre en la época del primer liberalismo, hace medio siglo. Su misma fuerza requiere que los gobernantes se autolimiten y que los ciudadanos puedan ejercer—a todos los niveles—una función de control político. Lo cual no despoja a la autoridad legítima de la iniciativa que le corresponde desarrollar. Por el contrario, esa iniciativa, al examinarse por el cauce de aceptación que se suele llamar "consenso", se enriquece. Puede ya pasar de proyecto a realidad, de idea a vida.

En la actual coyuntura española—crisis de crecimiento, total desapego económico y momento de consolidación de una nueva mentalidad democrática—, el país necesita la conjunción de un doble esfuerzo que arranque simultáneamente del vértice y de la base de la pirámide nacional: un renovado y sugestivo programa de gobierno y una adecuación de la organización política a las necesidades de hoy.

## PROGRAMA DE GOBIERNO Y PARTICIPACION

En la actual coyuntura española—crisis de crecimiento, total desapego económico y momento de consolidación de una nueva mentalidad democrática—, el país necesita la conjunción de un doble esfuerzo que arranque simultáneamente del vértice y de la base de la pirámide nacional: un renovado y sugestivo programa de gobierno y una adecuación de la organización política a las necesidades de hoy.

En el eficiente juego público de ambos factores, ordenados a una participación general en la cosa pública, reside la mejor garantía de la continuidad del propio Estado, que no debe concebirse como un inmovilismo que prescinde del futuro ni simplificarse en un problema mecánico de personas o piezas de recambio. El equilibrio político es esencialmente dinámico. Implica la conservación de los valores vigentes, pero incorporando con imaginación y honestidad

las nuevas realidades y los nuevos valores por ellas segregados. El supremo ordenamiento legal de nuestro país ha sido reiteradamente definido como una "constitución abierta". Eso no significa que sea preciso añadir otras Leyes Fundamentales o dar pasos aparentemente trascendentes. Gobernar no se reduce a dictar leyes. Gobernar es convencer. Como dijo alguna vez el Presidente Johnson, la principal tarea de los que

encarnan el poder en un país moderno es persuadir. Y los españoles de hoy, contra lo que algunos pesimistas creen, son un pueblo razonable, capaces de escuchar, dialogar y cooperar en las tareas de gobierno.

encarnan el poder en un país moderno es persuadir. Y los españoles de hoy, contra lo que algunos pesimistas creen, son un pueblo razonable, capaces de escuchar, dialogar y cooperar en las tareas de gobierno.

Al restablecerse la normalidad, tras el paréntesis de estos dos meses, se ofrece a España—al Gobierno, a la opinión, al país—una oportunidad excelente de futuro. Pero no se trata simplemente de seguir, como si no hubiera ocurrido nada, esperando a que algún día afloren tensiones soterradas o se agudicen los conflictos generacionales. Es la hora de renovarse, integrando en las responsabilidades colectivas y convirtiendo en energía creadora, al servicio del interés general, toda la fuerza humana y social de las generaciones jóvenes, de la mentalidad de nuestra época y de las nuevas realidades sociales y políticas presentes ya en nuestro país.



# LA POSICION DE ISRAEL

Por LLUIS V. ARACIL

La llamada guerra de los seis días (del 5 al 10 de junio de 1967), alteró de manera radical el juego de fuerzas en el Próximo Oriente. Los vecinos árabes de Israel, militarmente deshechos, pierden interés de golpe sus fieras aspiraciones. En su obcecación, no habían sabido apreciar los recursos del enemigo. Y el caso es que les habría bastado un poco de memoria para prever—y ahorrarse—el desengaño. Pero ni siquiera hoy parecen dispuestos a aprender la lección de los hechos.

Pasar por alto que la guerra de los seis días transformó el estado de cosas, es tan disparatado como "ignorar", a estas alturas, la sólida existencia de la nación hebrea. Semerjantes ficciones sólo engañan a quienes las mantienen. Si perduran, es porque las alimenta la soberbia. Y el precio de esa gallarda coquería suele ser la reincidencia en el desastre.

## Golpe y contragolpe

La guerra relámpago tuvo dos efectos inmediatos. En primer lugar, el desastre militar de los árabes, que supuso pérdidas enormes y la necesidad—aún más costosa—de reponer a los equipos bélicos. Egipto vio destruida la mayor parte de los materiales que aún no había acabado de pagar a la U. R. S. S., y volvió a endeudarse, desatendiendo las necesidades más apremiantes del país y agravando su dependencia respecto a la Unión Soviética.

Por otra parte, hubo el descabro moral o psicológico. El estupor dio paso al descontento, que socavó el prestigio de los dirigentes. Nasser, caudillo de los árabes, sintió en peligro su poder personal y se apresuró a dimitir aporatamente. La guerra agravó también la inestabilidad política en Siria y en Jordania.

## Cambios territoriales

Pero las repercusiones a largo plazo serían las más importantes. El hecho decisivo fue que, en aquel tiempo record, Israel conquistó territorios a Egipto (Gaza, Sinai), a Jordania (toda su región palestina, con la Jerusalén vieja, Naplusa, Hébrón, Belén, Jenín y Jerico), y a Siria (comarca de Golán, hasta Quneitra).

La victoria de Israel instauró así una nueva coyuntura estratégica en el Próximo Oriente. Y esta situación, a despecho

de guerrillas y de duelos fronterizos, tendería de suyo a estabilizarse. No olvidemos que dura ya casi dos años.

## Nuevas posiciones

De resultados de la guerra, Israel pasó a dominar un espacio equivalente al de Portugal o Andalucía, y cuyas dimensiones máximas eran—y son—410 kilómetros de norte a sur y 300 de este a oeste.

Cosa más importante: el Estado hebreo alcanzó así unos confines relativamente fáciles de vigilar y defender: las alturas de Golán frente a Siria, el curso del Jordán frente a Jordania y el canal de Suez frente a Egipto.

Más importante aún: los puestos avanzados israelitas pasaron a estar a sólo 35 kilómetros de Ammán, 60 de Damasco y 120 de El Cairo. Desde esas posiciones, Israel puede batir los centros vitales de sus enemigos. Pero le basta con tenerlos continuamente en jaque.

## Jordania y Egipto

El país más perjudicado a raíz de la contienda ha sido Jordania, que perdió entonces su región menos pobre con el 46,9 por 100 de su población total. El reino, reducido de nuevo a la Transjordania desértica, es apenas viable. Por eso no puede materialmente impedir las intrusiones de sus oficiosos vecinos ni controlar a los guerrilleros que acampan allí para infiltrarse al otro lado del Jordán. El reino hashemita es, con mucho, el punto más débil del cerco árabe en torno de Israel.

En cambio, el canal de Suez es el sector que más atención merece. Egipto, sabiéndose en jaque, trata de recuperar a toda costa e incluso hostiga temerariamente las posiciones israelitas.

Es seguro que Nasser intenta proyectar hacia fuera el descontento interno del país, y se propone acudillar un eventual asalto a Israel. Las circunstancias, sin embargo, desaconsejan una aventura que tiene ya tan descorazonadores precedentes. No sale la pena que el dirigente egipcio se arriesgue si el desenlace va a ser como el de antes. De hecho, ya no podrá ser ni siquiera igual, porque esta vez no bastaría un golpe de teatro para conjurar la ruina.

## Palestina

En términos relativos, Israel había conquistado al término de la guerra relámpago una zona 3,2 veces más extensa que su territorio, pero con una población equivalente sólo a tres quintos de la israelita.

Dentro de sus nuevos y ventajosos límites, el Estado de Israel puede controlar plenamente la situación, a pesar de los golpes de mano de la guerrilla palestina. Un dato muy elocuente es que, aunque sumemos al territorio israelita las zonas conquistadas, la población hebrea no deja de estar en clara mayoría absoluta: el 55,9 por 100. Con esa desventaja demográfica, la resistencia no podría triunfar. Por añadidura, hace ya al menos veintidós años que los israelitas están avezados al juego guerrillero. Y su Ejército es quizá el más ágil del mundo.

Israel tiene también a su favor la relativa moderación con que hasta ahora se ha comportado en las zonas sometidas. Fuerza es reconocer que los israelitas no han tomado posesión de sus conquistas con el afán de exterminio y de desolación con que los árabes prometieron entrar en Israel.

## Conclusiones

De resultados de la guerra relámpago, Israel ha multiplicado su territorio por 4,2 y ha alcanzado por primera vez unos confines ventajosos. Dentro de ellos, puede dominar con dificultad la situación. Y cabe esperar que lo hará, aunque le cueste un esfuerzo doloroso.

Porque no cabe duda de que la mejor seguridad que la nación hebrea puede conseguir—y la única garantía real que se le ofrece—consiste en retener indefinidamente sus conquistas. La resolución que la O. N. U. adoptó el 22 de noviembre de 1967, conminando al Estado israelita a regresar a sus antiguas fronteras, era un puro sarcasmo. ¿Cómo olvidar que esa misma O. N. U., accediendo a una petición egipcia, había retirado sus tropas el 18 de mayo de aquel año, para dar vía libre a la aviación árabe? Las Naciones Unidas, que tan eficazmente contribuyeron a poner en peligro la supervivencia de la nación hebrea, tienen muy poca fuerza moral para hacerle recomendaciones.